

CAPITULO 28

Al cabo de profundas investigaciones realizadas por el juez del crimen de la zona, Horacio del Castillo, presionado por la opinión pública, se pudo establecer quienes habían sido los autores del incendio de la vivienda y muerte del matrimonio que la habitaba.

Todo se debía a la disputa de la tierra entre una misma familia, que se arrastraba más de un siglo. Desde cuando las habían comprado a precio vil, a unas familias mapuches. Desde hacía tiempo las hostilizaban, haciéndoles creer que podían ser expropiadas por el gobierno, donde se pensaba construir una represa.

Dos jóvenes instigados, dirigidos por la codicia de sus padres, se habían encargado de incendiar la casa de quienes eran sus tíos. Querían hacerles una advertencia fatal, destinada a persuadirlos de no seguir reclamando tierras del sector. A la postre se iba a culpar a los mapuches, eternos chivos expiatorios y ahí concluía la investigación.

Ese día el matrimonio anunció a la familia que pensaba

viajar a Santiago, pero al final desistía. Y si surge de por medio tierra, dinero y poder, el fuego ni nada puede borrar la traición.

Cuando una bandada de patos silvestres cruzaba el cielo rumbo al sur, Javier se dirigió al meandro donde acostumbraba a pescar en compañía de Tintín. Arrojaba ahí un ramo de tulipanes y permanecía de pie, mientras reflexionaba de brazos cruzados. Lo vio flotar a la deriva, convertido en barquichuelo de papel.

A la postre se enredaba en los juncos y recordaba cuando era niño y construía barquichuelos de hojas de cuadernos, para hacerlos navegar en la acequia del frente de su casa. Mediante una ramita guiaba su curso y así evitaba que se atascara en un obstáculo. Semejante a aquellas lejanas peripecias, el ramo de tulipanes se desprendía impulsado por la violencia de la corriente y se hundía, como la camioneta de Luis Onfrey, junto a Alondra.

Durante varios minutos se mantuvo en la orilla del Imperial, río que le había traído un obsequio y a traición se lo arrebató, cuya turbulencia sacudía su ilusión, mientras arribaban las evocaciones. La bandada de patos, expresión de nuevas imágenes, mancha fugaz en el cielo, desaparecía en el horizonte, llevada por la urgencia de frecuentar lejanos parajes.

Finale

Otro aniversario se cumplía desde la desaparición de Alondra y Luis, quienes jamás fueron encontrados. Alguien aseguraba haber visto a la pareja caminar por la orilla del río, rumbo al oriente. Él, mientras tanto, continuaba en la región, abandonado por la familia, apenas si visitado por quienes concurrían a comprar sus artesanías, socorrer sus necesidades o llevarle una carta cada tres meses.

Se entregaba a la lectura cuando anocheecía, a releer las novelas, libros de cuentos y poemarios que le seducían. Entre sus preferencias, se hallaban los poemas de Eliana Moya, una escritora radicada en Viña del Mar. A menudo Javier, mientras vivió unos años en esa ciudad se reunía con ella y otros escritores de la zona, en una tertulia. Cada jueves convergían al “Café con letras”, donde se entregaban a la conversación y a leer sus trabajos.

Eliana Moya, que había enviudado de un pianista de jazz, plasmaba sus escritos, siempre en torno a su amado ausente. La intensidad de su poesía, cautivaba al grupo. En “Inquietud”, Alondra había subrayado este verso: “Ignoro si aún me queda

tiempo, para reconciliarme con la vida”. Aseguró sentirlo como propio, y en una oportunidad, lo comentó con Javier. “Pienso que ella ha sabido valorar los momentos de la soledad”.

Cada año, las lluvias parecían aumentar la ferocidad del caudal del río y la nieve se aproximaba a su cabaña. A veces transcurría una semana y no veía a nadie. Aquella soledad quería apoderarse de su entorno y obligarlo a recluirse. Al mugir el viento entre el follaje de las araucarias, creía oír ladrar a Tintín.

En su oportunidad, al observar que entre Luis y Alondra surgía la aproximación sentimental, el inequívoco acercamiento que florece al amparo de la juventud, al principio, sintió celos, como si fuese un púber. Después, entendió sus razones, cuyas afinidades desconocía a causa de su edad, por haber olvidado cómo había sido su adolescencia en otra época.

¿Sujetar la corriente del río Imperial con sus manos ahuecadas o tapar la boca del volcán Lonquimay u oponerse al viento? ¿Borrar los caminos o las huellas de aquella región embrujada?

Ese dúo de amor a tres voces lo dañaba, y aun cuando quería a Luis como hijo, lo empezaba a rehuir, a enfriar la amistad. Otra vez sentía ladrar a Tintín al escuchar los

bocinazos de la camioneta de Luis. Se duchaba y vestía urgido y apenas si bebía un vaso de leche, acompañado de un pan con mermelada.

—Apura compadre; se nos hace tarde y bien puede empezar a llover, camino a Carahue— le expresaba su amigo, cuando Javier subía a la camioneta un baúl con artesanías.

Al volver la mirada hacia su cabaña, mientras el vehículo se ponía en marcha, observaba a Alondra que se despedía con el brazo en alto y Tintín, permanecía junto a ella.

¿Cómo olvidar a la ninfa acuática vestida con camisón azul? Escuchó ahora la dulzura de su voz de ondina, entre los juncos del cañaveral, intentando seducirlo, empeñada en llevarlo río abajo. Abrazados como eternos amantes, rumbo al hogar, situado en algún meandro, cubierto de juncos. En cambio, se trataba del ulular del viento sur, que trae un réquiem en invierno y el aleluya en primavera, destinado a engolosinar sus sentidos.

Resumen de la existencia en orfandad, junto al agobio. Por amor a Alondra se había resignado a vivir el desarraigo, llámese ausencia u olvido, que es siempre certeza, cuando los caminos desaparecen. Ahora, sobre él caía la lluvia de aquellos inviernos, destinados a durar una eternidad. Y contra la eternidad, ¿quién puede?

En la noche, mientras tallaba un trozo de alerce, resbalaba la gubia y se hería la palma de la mano. Aquella fatalidad, ajena a sus costumbres, la estimó un aviso dirigido a perturbar su existencia. No le importó la desgracia, entre otras desgracias, y se vendó la mano, después de ponerse yodo.

Al cabo de unos días, empezó a sentir fiebre y al caminar, se mareaba. La herida se hizo purulenta y la infección, se obstinaba en aumentar. Hasta la axila, puntada tras puntada, le subía el dolor y se le amorató el brazo. Retornaba el desánimo de esas jornadas, mientras vivía en la ciudad y se diluía su vida.

Apresurado corría el tiempo, en la grupa del ventarrón. Cabalgata rumbo a la oscuridad. Regresaban las lluvias y desde el río, arribaba el murmullo de ausentes voces, que un día le endulzaron la vida. Esa noche, soñó que Alondra, su amada Ondina retornaba, montando al caballo Curiche, ahora convertido en Pegaso. Lo invitaba, vestida de negro, el color de su cabalgadura, a viajar rumbo al ocaso. No pudo negarse al llamado del destino, que siempre acecha.